

Biblioteca-Films

BODAS SANGRIENTAS



**María
Jacobini**

50 cts.

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Edición, Administración y Teléfonos:

VALENCIA. 284

Centro de Reparto de Películas:

BARCELONA. 9

AÑO IV

QUINTOS

Teléfono núm. 938 G.

BARCELONA

Núm. Ext.

QUINTOS

APARECE TODOS LOS MARTES

Y REVISTADO POR LA CENSURA PENAL

Bodas Sangrientas

Narración literaria de la película del mismo título, basada en el magnífico drama histórico del inmortal autor

LUCIANO DORIA

Nº 4

Nº 4

Maravillosa interpretación de la célebre trágica, gloria del cine italiano

MARIA JACOBINI

EXCLUSIVA

Selección Gaumont-Diamante Azul

Paseo de Gracia, 66 Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

REPARTO

Beatriz Cenci . . .	M. Jacobini
Francisco Cenci . . .	<i>R. Van Riel</i>
Duque Savelli . . .	<i>Franz Sala</i>
Olivio Calvetti . . .	<i>Camilo Talamo</i>

PRIMERA PARTE

Nuestra historia se remonta a los tiempos
de la Roma papal y fastuosa del año 1596.

Brisas primaverales, henchidas de aromas
turbadoras, llegaban hasta el estudio de Gui-
do Reni, el pintor de moda.

En aquel romántico atardecer, en que el
alma parecía elevarse a otras regiones, ante la
mirada del mago del pincel, posaba Beatriz
Cenci, la hija del conde Francisco Cenci, por
cuyas nobles venas corría impetuosamente la
sangre altiva y turbulenta de su padre, ama-
sada y dulcificada por un manantial inagota-
ble de nativa bondad.

Paulatinamente, la belleza soberana de Bea-
triz Cenci iba apareciendo en el lienzo y de la

paleta del famoso pintor iba surgiendo "La Sibila", esa obra maestra de las penascotas italianas, que han admirado y admirarán todas las edades...

Junto a Beatriz hallábase su hermano menor Bernardo, que la adoraba, contemplando la obra inmortal de Guido, mientras que la tarde iba tomando esa tenue suavidad del crepúsculo, impregnada de una paz dulcísima.

Ni el artista, ni la modelo se atrevían a interrumpir el místico silencio que los rodeaba, hasta que una noticia inesperada vino, de pronto, a romper el encanto profundo y sereno de aquella sesión de arte: Santiago, el hermano mayor de Beatriz, llegó, en aquel momento, pálido y grave.

La condesita de Cenci advirtió en el aspecto de su hermano que algo grave ocurría y lo preguntó ansiosamente:

—¿Qué sucede, Santiago? ¿Por qué tu inesperada presencia aquí?

—¡Vámonos, hermanos!— repuso Santiago.— ¡Nuestra madre está muy enferma!

Aquella noticia alarmó sobremanera a Beatriz y, sin detenerse un instante, salió en unión de sus hermanos hacia su palacio.

Poco después, los tres hijos del conde Cenci, se hallaban en las habitaciones de la enferma, mientras su padre, indiferente al mal de su esposa, como de todo lo que a su familia se refería, transformaba una vez más en teatro



Beatriz Cenci, la hija del conde Cenci.

de sus orgías los vastos salones de su castillo.

Último descendiente de la poderosa y desgraciada familia romana, Francisco Cenci, era un déspota disoluto y brutal, por lo que se le había aplicado el sobrenombre de "El León de Roma".

A su lado, como al lado de un volcán, se agostaban las plantas humildes de la virtud y

florecían, esplendorosas y injuriantes, las rojas rosas del vicio y de la abyección.

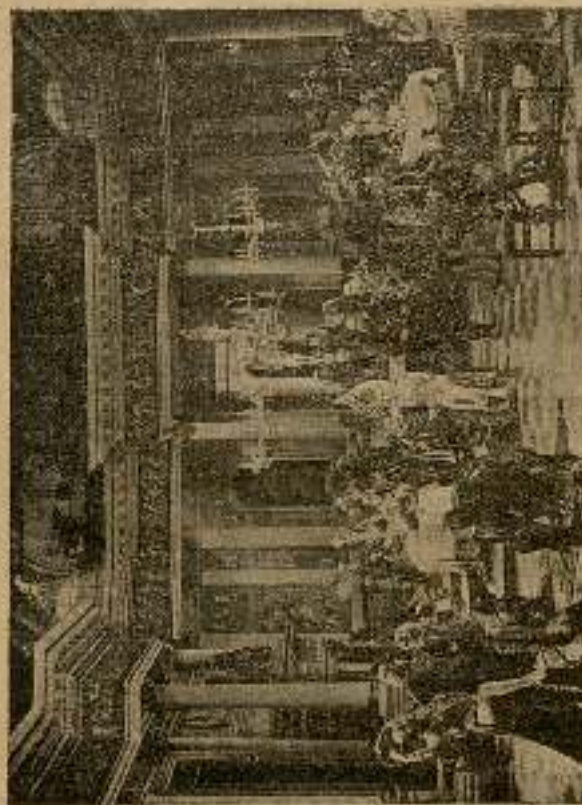
Tal vez por razón de afinidades, "Nerón", el mastín fiero y cruel, era el favorito de Francisco, su señor, que encontraba en el salvaje animal un eco de sus feroces sentimientos.

Compartía, por entonces con "Nerón", el favor del conde Cenci, Diomira Apoleni, la más hermosa de las cortesanas y cuyo corazón, pervertido por el ambiente vicioso en que vivía, rechazaba todo sentimiento de bondad y de virtud.

Asistía también a la fiesta de aquella noche, el duque Mario Savelli, condestable de la Santa Iglesia Romana, el más noble de los presentes, por su sangre y sus blasones, aunque por sus actos era el más miserable de todos.

Pero aún había allí alguien más abyecto que él. Era éste el Provenzal, hombre de confianza y jefe de los esbirros del conde, que como un asqueroso reptil se arrastraba siempre tras su señor, siguiéndolo como una sombra, dispuesto en todo momento, a ejecutar todas sus órdenes, por bárbaras e inhumanas que éstas fuesen.

A los pocos momentos de empezada la orgía, había tomado ésta aquel día un aspecto apoteósico. Francisco Cenci se hallaba en un estado de excitación extraordinaria. Sus grandes ojos de lobo brillaban más bajo la blanca tur-



Francisco Cenci transformaba en teatro de sus orgías los vastos salones de su castillo.

bulencia de su cabellera, y sus gestos tenían una brusquedad nerviosa e inquieta.

Reunió a todos los invitados, hizo callar por unos instantes el estruendo de la bacanal y les dijo, sonriendo diabólicamente:

—Amigos míos: os he convidado para celebrar el último día, quizás, de mi libertad.

En la cara de todos los presentes se dibujó una expresión de curiosidad, y el conde, para satisfacerla, extrajo un pergamino papal y leyó su contenido que decía:

“Para responder de los abominables vicios que se le imputan, Su Excelencia el señor Conde de Cenci, se presentará mañana ante el Consejo de los Cardenales. La desobediencia será castigada con la prisión en el castillo de Sant Angelo.

Roma, 12 de mayo de 1596.”

No dejó de causar cierta impresión en el ánimo de todos la lectura de dicho pergamino: un molesto silencio había seguido a las últimas palabras del conde y tal vez la fiesta hubiera dado fin si Mario Savelli no se hubiese acercado al conde, diciéndole, para animarlo:

—¿A qué pensar en el mañana?... ¡Vivamos el momento presente... con sus placeres..., con sus mujeres hermosas..., con el néctar delicioso del vino, que hace olvidar todas las penas!

Y la bacanal prosiguió más escandalosa, si cabe, más alocada y estrépitosa que nunca, escarneciendo la noble austeridad del castillo de los Cenci.

No podía faltar a la fiesta el imprescindible Rutilio Graeco, el poeta improvisador, cuyo numen se arrastraba servil a los pies de los grandes señores, y los invitados empezaron a pedir a gritos:

—¡Vamos, Rutilio, ráégale una danza a Diomira! ¡En ti nada parece irreverencia!

El trovador se aproximó a la bella favorita del conde Cenci y trató de dirigirle la palabra, pero el fiero “Nerón” empezó a ladrar furiosamente, retando al desgraciado cantor con el espantoso fulgor de sus ojos sanguíneos.

Rutilio no se amedrantó por la amenaza del animal, sino que exclamó tranquilamente, haciendo reír a todos con su ocurrencia:

“Nerón”, hijo de perro,
mil veces vencedor,
no impidas que un poeta
hable con tu señor.

Francisco, en cuyas rodillas, como desde un trono, imperaba Diomira, rió también las palabras del poeta y éste, animado por la aparente benevolencia del “León de Roma”, continuó declamando.

"Poderosa señor: suplicándoles clemencia, humildemente os pido que los pies de Diomira, la bella cortesana que todo el mundo admira, trencen pasos de danza ante la concurrencia.

Esta vez la risa del tirano fué más violenta. "Nerón" aullaba, agitado e inquieto, bajo la mano de su señor, y Rutilio, reverentemente inclinado, esperaba la respuesta a su petición.

A una insinuación de Diomira, la mano de Francisco, que sujetaba el collar del perro salvaje, se aflojó, libertándole, y lo azuzó hacia el pobre Graeco. El animal, ansioso de demostrar sus fieros instintos, se echó vorazmente encima del desgraciado y comenzó a desgarrar sus ropas a mordiscos.

Los invitados, distraídos por el nuevo espectáculo, que halagaba sus sentimientos perversos, unían la estridencia de sus risotadas a las voces del acometido, que a grandes gritos demandaba auxilio.

Mientras tanto, en las habitaciones superiores, Lucrecia Petroni, la esposa de Francisco Cenci, sentía agravar su mal con el vergonzoso estruendo de la orgía, que subía a profanar la severa quietud de su cámara y en su rostro de mártir resignada se expresaba todo el hondo pesar que le producía la vida licenciosa de su tirano esposo.

Ante el ensordecedor griterío de los asisten-

tes a las fiestas, la noble dama llamó a su lado a Beatriz, y le dijo:

—Hija mía... este ruido no me deja descansar.

Acarició Beatriz dulcemente las febriles sienes de su madre y ordenó a la dueña que enviara a decir al señor, la molestia que Lucrecia padecía por el estrépito de la fiesta.

Salió la dueña a la antecámara y despertó a los pajes "Cebollino" y "Santi" los dos fieles servidores de la familia Cenci, para transmitirles la orden que acababa de recibir.

Lentamente, los dos buenos muchachos, descendieron las amplias escalinatas de mármol y se presentaron, humildemente, pero firmes, ante el tirano, diciendo:

—Dama Lucrecia manda al señor que modere el ruido de la fiesta, porque está enferma y no puede soportarlo.

Francisco Cenci, al oír la orden de que eran portadores los pajes, se irguió orgulloso y fiero, exclamando:

—¡Que la señora mande!... ¡Aquí no manda nadie más que yo, Don Francisco Cenci!... ¡A ver, Provenza!... ¡Enseña a estos pajarraeos, para que no lo olviden, quién es su único amo y señor!

No había podido elegir el conde mejor verdugo para cumplir el castigo. En un momento los dos pajes fueron despojados de las ropas que les cubrían el torso y atados a una colum-

na. La propia Diomira, con manos blancas y perversas, abrió el bárbaro castigo de los dos servidores, descargando brutalmente el látigo sobre sus espaldas.

Aquel acto, que era una demostración evidente de la inhumana crueldad del conde, fué acogido con una regocijada gritería de los invitados, que se confundía con los ayes lastimeros de los inocentes muchachos.

La dueña, horrorizada ante aquel espectáculo, corrió a advertir a Beatriz de la pena que su padre estaba aplicando a "Cebollino" y a "Surti".

Una ola de indignación coloreó el bello rostro de la condesita, que exclamó:

—¡Ahora bajo yo, a ver si mi padre se atreve a hacer lo mismo conmigo!...

Lucrecia Petroni estaba segura que el conde, cegado por su impetuosidad, no se detendría ni ante su hija y temió por ella. Pero Beatriz, desasí su mano de las de su madre y salió de la estancia.

En la sala hubo un movimiento de suspensión ante la serena y majestuosa aparición de la noble doncella. Su padre la miró interrogativamente, blandiendo nerviosamente el látigo, pero Beatriz se colocó ante los dos suplicantes, retando al conde con la apacible y firme mirada de sus ojos negros como el azabache.

—Te precipitas demasiado, hija mía—excla-



—¡Te precipitas demasiado, hija mía!

mó el conde, conteniéndose a duras penas—. Repite a estos bergantes que sólo de mí deben recibir órdenes—. Y al decir esto le ofrecía el látigo para que ella misma ejecutase el castigo que él les había impuesto.

La condesita arrancó de manos del déspota el látigo y lo arrojó violentamente al suelo.

Cegada de ira, ante la rebeldía de su hija, el conde se abalanzó sobre ella, pero el duque Mario Savelli intervino y apartó resueltamente a su amigo, librando a Beatriz de sus garras. Luego cortó con su daga las ligaduras de los pajes y se inclinó profundamente ante Beatriz, ofreciéndole su brazo.

Apoyada en él, salió erguida y digna del salón de la orgía y al llegar frente a la escalinata se separó de Mario, quien, haciendo una nueva reverencia, se despidió de la condesita Cenci.

Detrás de ellos, sonó la voz dura y barlona de Francisco, que llegó hasta Beatriz, como una revelación del motivo que había inducido al joven Duque a portarse tan caballerosamente.

Mario—exclamó el conde Cenci—: la pasión por mi hija debe ser muy grande, cuando con tanta facilidad olvidas que eres mi huésped.

El duque no se dignó siquiera contestarlo y detuvo a Beatriz, que intentaba retirarse, diciéndole:

—¿No queréis poner en mi amor respetuoso, siquiera la incienita de una esperanza?

Beatriz conocía a fondo la vida disoluta del duque y jamás hubiera consentido en ser la esposa de un hombre, en cuyo corazón no tenía cabida ningún sentimiento noble. Al oír la pretensión de Mario, se sintió invadida de un pánico horrible, pero aun supo disimularlo con su fingida altivez. Dejó sin contestación el ruego del duque, que se lamentó de su desprecio, diciendo:

—¿Os disgustan mis palabras, Beatriz?... ¡Comprended!.. Mi amor, que no compartís, es casi una ofensa para vos..

Sin pronunciar una sola palabra, la hija del conde Cenci, subió presurosa los escalones, hasta llegar a sus habitaciones, donde se dejó caer, anonadada por el peso de la desgracia que rodeaba su vida.

Se vió sola, completamente débil contra la tiranía de su padre y el miedo, que había experimentado momentos antes, volvió a apoderarse de ella, ante la posibilidad de que su padre quisiera imponerle su voluntad, para que fuese la esposa del duque. Toda su altivez, toda la energía de su alma desapareció instantáneamente y como una pobre flor troncada en todo el esplendor de su fragancia, rompió a llorar desconsoladamente.

SEGUNDA PARTE

No era el conde Cenci hombre que olvidara tan pronto las ofensas que se le hacían y durante aquella noche estuvo maquinando un plan de venganza y el castigo que debía imponerle a su hija, por lo que él creía una falta de respeto.

Si se había contenido en un principio, fué debido a la presencia del duque, a quien temía por su poderosa influencia; y con el pensamiento embargado por la idea de castigar a Beatriz esperó pacientemente a que llegara el día para llevar a la práctica el castigo que había imaginado.

A la mañana siguiente, Beatriz y su hermano Bernardo, se disponían a salir, cuando apareció ante ellos la terrible figura de su padre, que les preguntó:

—¿A dónde vais tan temprano?

—Al estudio de Guido—repuso Beatriz.

Los ojos de Francisco fulguraron enérgicamente y replicó:

—¿Crees que tan pronto olvido las ofensas que se me hacen?... ¡Ya no te acuerdas de tu rebeldía de ayer?

Y sin darle tiempo a la joven para rebair la agresión, la cogió brutalmente y la empujó hacia su habitación, arrojándola contra el suelo, a la vez que le decía:

—¡Quedas prisionera en esta cámara, hasta que yo lo ordene! ¡Así aprenderás el respeto y la obediencia que debes a tu padre!

Beatriz ni siquiera se atrevió a implorar una poca de clemencia. ¿Para qué?

Conocía de sobra al conde y sabía que sus ruegos hubieran sido inútiles; y solamente, cuando se quedó sola, dió rienda suelta a la congoja que ahogaba a su alma.

Un poco después, en medio del mareo imponente del Vaticano, el Consejo de los Cardenales juzgaba al orgulloso Francisco Cenci, que se defendía de los cargos que contra él aparecían.

No obstante sus protestas de inocencia el Consejo terminó condenándolo, y cuando unos minutos más tarde, Francisco Cenci salió de la sala del Concilio, profundamente abatido, le confió al duque Mario, que le había estado esperando ansiosamente:

—¡Sentencia bien cruel, Mario!... ¡Me salvado la vida! pero ¿qué importa?... ¡Me condenan al destierro y a la confiscación de todos mis bienes!

—Descuidad, Cenci—repuso el duque, confiando en su poder—. Yo emplearé toda mi influencia para hacer revocar la sentencia del Consejo... Si entretanto deseáis sustraeros al ruido del mundo, os ofrezco mi castillo de la Petrella.

Mientras Beatriz quedaba encerrada en su habitación, Bernardo, el hermano menor, había ido al estudio de Guido, quien al verlo solo le preguntó extrañado:

—¿Qué le sucede a Beatriz, para no venir hoy? ¿Se encuentra enferma?

—No, está encerrada por mi padre—repuso el niño.

—¿Encerrada! ¿por qué?—volvió a preguntar el artista.

Y Bernardo le fué refiriendo, con todos los detalles, la escena de la noche anterior y la causa que había motivado aquel encierro.

Guido, antes de despedirse del niño, le dijo:

—Vas a llevar a Dama Beatriz un soneto que he compuesto en su honor; será una pequeña distracción en medio de su soledad.

Cuando Bernardo llegó al palacio, donde su hermana seguía prisionera, ésta le vió en el parque a través de los cristales y salió al balcón.

—Mira lo que traigo para tí!—gritó el niño, mostrándole el papel que le había entregado Guido.

—¿Dámelo!—le dijo Beatriz.

—Espera que voy a subir.—Y rápidamente, Bernardo trepó por las entedaderas y las hiedras que recubrían los muros del palacio y pronto se reunió con su hermana.

Pero el Provençal les había visto y al oír los ladridos de "Nerón", que saludaba la llegada de su señor, corrió al encuentro de éste para notificarle que Beatriz infringía su encierro recibiendo misivas que le llevaba su hermano.

Furioso Francisco fué con su esbirro al lugar en que éste había sorprendido a los dos hermanos, y Beatriz, al ver llegar a su padre, exclamó sobresaltada:

—¡Nuestro padre viene!

Quiso esconder el soneto, pero, al hacerlo, se le cayó al suelo. Bernardo, antes que aquél cayera en manos de su padre, saltó de la baranda y apenas lo había recogido, cuando llegó el conde exigiéndole que se lo diera, cogiéndolo violentamente por un brazo; pero el chiquillo, listo como una ardilla, logró escaullirse y echó a correr.

Beatriz, desde el balcón, seguía ansiosamente la escena. Francisco Cenci tuvo una de sus crueles ideas: acarició a "Nerón" y azuzándolo contra su hijo, le gritó:

—¡Anda con él, "Nerón"!

El fiero animal salió en persecución de la inocente criatura y empezó una carrera terrible, peligrosa, en la que a cada momento

Bernardo corría el peligro de dejar sus carnes entre los dientes del enfurecido mastín.

Jadante, exhausto, el niño penetró buscando salvación en el palacio, subiendo velozmente las escaleras, mientras sentía en sus piernas el hálito poderoso del animal.

No pudo continuar por más tiempo aquella impetuosa carrera y rendido entró en una de las habitaciones de Beatriz, cerrando tras sí la puerta, al tiempo que el perro se levantaba ya sobre sus patas traseras para abalanzarse encima de Bernardo. "Nerón", que había dado con el hocico en la puerta que acababan de cerrar, ladró agudamente por el daño que se había hecho.

Tras el perro subieron Francisco Cenci y el Provençal, más sedientos aun de crueldad que el mismo animal.

Ante la puerta, se detuvo este último, y su señor le gritó:

—¡Abre la puerta!

—Es imposible, señor—repuso su esbirro—. Está cerrada por dentro.

Ante aquel obstáculo, que retardaba la ejecución del castigo que pensaba imponer a la inocente criatura, la irritación del conde se acentuó mucho más, y ordenó a su servidor:

—¡Si está cerrada, échala abajo!

No se hizo el Provençal repetir la orden, sino que comenzó a descargar repetidamente el peso de sus espaldas sobre la puerta, que em-

pezó a agrietarse, mientras que "Nerón" aguardaba impaciente, con sus fauces abiertas, que le dejasen el paso libre para poder correr tras su presa y apoderarse de ella.

A los golpes del Provençal la puerta iba cediendo, y Bernardo, horrorizado del castigo que le aguardaba, empezó a golpear en la de la habitación en que estaba prisionera su hermana.

Voló ella en auxilio de su hermano, hacia la puerta implacable que había cerrado su padre, y con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma intentó franquearla. Pero los enormes portones del palacio no cedían fácilmente a ningún esfuerzo de violencia y, mientras el Provençal se afanaba por echar abajo el que había cerrado Bernardo, Beatriz empujaba desesperadamente el que había condenado su padre, para librar a su hermano del castigo horrible que se le preparaba.

Por fin, un puñal le ofreció la posibilidad de saltar la cerradura, pero en aquel instante, el ariete de las espaldas del Provençal, acababa de derribar la puerta y el espantoso mastín daba un salto terrible para arrojarle encima de Bernardo.

El niño dió un grito de espanto, en el momento en que, habiendo conseguido descerrar la puerta, Beatriz lo acogía sobre su pecho, sacándole la espada del cinto y atravesando con ella de una estocada a "Nerón".

El perro, herido de muerte, cayó a los pies de la joven y cuando el conde y el Provençal llegaron detrás de la fiera ésta yacía muerta.

Enfurecido el conde por la muerte de su favorito avanzó amenazadoramente hacia sus hijos, blandiendo su daga. Sin retroceder ante el peligro, con una serenidad que dejó pasmado al mismo Provençal, Beatriz apuntó con el acero, con que acababa de matar al perro, el pecho de su padre y gritó enérgicamente:

—¡Padre: no des un paso más, porque no respondo de mí!

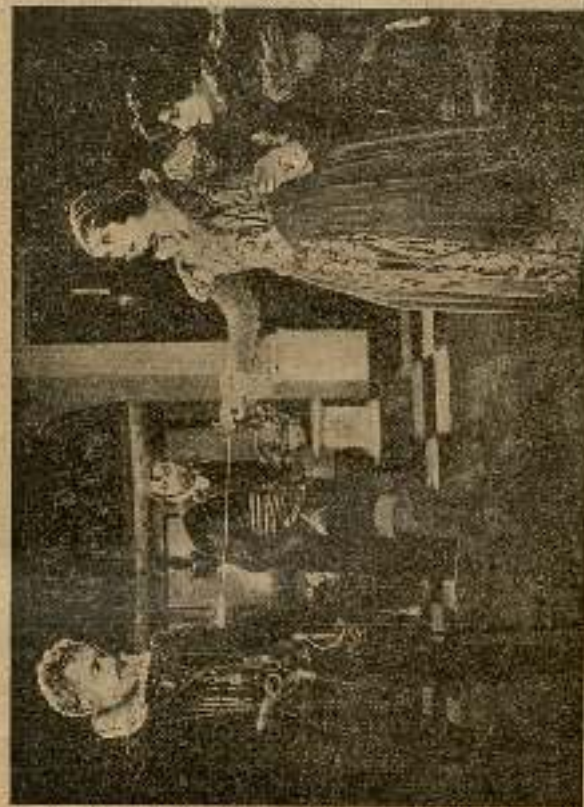
El acento con que había pronunciado estas palabras era tan firme, tan resuelto, que no dejaba dudar de que, por salvar a su hermano, sería capaz de cumplir lo que amenazaba.

Francisco Cenci se detuvo atónito y dejó caer el arma al suelo. Sus ojos se animaron de un furor salvaje y una satánica sonrisa iluminó por unos segundos su rostro.

—Así me gustas, Beatriz—exclamó—. Estás bella con ese gesto. No puedes negar que eres mi hija.

Beatriz, pasados los primeros instantes de exaltación, arrojó la espada que empuñaba y abrazó a su hermano.

Al ruido del suceso, habían acudido todos los habitantes del palacio, que contemplaban atemorizados la escena. Los que conocían al conde no dudaban que aquel acto de la joven sería cruelmente castigado y compadecían de



— ¡Padre, no des un paso más, porque no respondo de mí!

autómata a su bondadosa señora, por quien no podían hacer nada en su favor.

El conde Cenci dirigió una última mirada a su hija y exclamó, antes de abandonar la cámara:

— ¡Yo sabré domar tu rebeldía!... ¡Te espera una prisión mucho más dura que ésta!... Pasado mañana partiremos para la Petrella...

Pida a BIBLIOTECA FILMS

Almanaque Tom Mix

1928

30 ct.

Contiene la vida y nuevas anécdotas del más famoso de los caballeros

TERCERA PARTE

Dos días después la nutrida caravana de la familia Cenci atravesaba paisajes geórgicos en su marcha hacia los Abruzzos. El conde Cenci, a la vez que se apartaba, por un espacio de tiempo del ruido del mundo, siguiendo el consejo de su amigo el duque, hallaba ocasión de cumplir la amenaza que había hecho a su hija, de proporcionarle una prisión mucho peor que la de sus habitaciones del palacio.

En medio de montañas bravías, y de valles idílicos, el soberbio castillo de la Petrella fingía un gesto altivo de hidalgo rural.

Un correo se había adelantado a los viajeros, y servidores y colonos aguardaban con impaciencia a los ilustres visitantes del castillo de su señor, Mario Savelli, acicalándose y preparándose para hacerles una recepción de adhesión y de carita.

Algunas horas después que el correo llegaron los huéspedes del duque y el conde, con su habitual soberbia, al poner pie a tierra,

apartó a aquellas efusivas y leales gentes, mientras que Beatriz tenía para todas la dulzura de su sonrisa y la bondad de su mirada, agradecida por aquellas muestras de cariño y de respeto.

Llegaron a los aposentos superiores del castillo, donde eran esperados para darles la bienvenida, por el joven Olivio Calvetti, el castellano de la Petrella, que rendía vasallaje al duque Mario Savelli, porque así se lo ordenaba su inferior condición, pero jamás su cerviz se había inclinado bajo el gesto repulsivo del servilismo.

Francisco Cenci le tendió un pergamino en el que Olivio leyó:

"Su excelencia el conde Francisco Cenci será huésped y señor de mi castillo de la Petrella por tiempo indeterminado. Prestadle obediencia y sumisión como si fuera yo mismo.

Mario Savelli."

El caballero se inclinó respetuosamente al conde y repuso, después de leer el pergamino:

—Soy un fiel servidor del señor duque y será para mí un honor el serlo vuestro.

Al decir esto, sus ojos no se apartaban del bello rostro de Beatriz, y su alma, ante aquella muda contemplación, se sentía embargada por un sentimiento de infinita ternura, cuyo

motivo no podía explicarse. La condesita Cenci se sintió acariciada por la mirada del joven caballero y en sus ojos se reflejó, con la rapidez de un relámpago, la agradable impresión que le había causado la gentil figura del castellano.

Francisco Cenci, después de pasear su mirada de bieno por todo el recinto, volvió a decir:

—Yo creía que este castillo era más sombrío, más solitario... Hay demasiado sol, demasiada gente, demasiada servidumbre.

—Tranquícese el señor conde—repuso Olivio—. Vivirá en completa soledad, pues tanto yo, como todos los servidores de la casa Savelli, vivimos en la aldea contigua.

Al oír estas palabras, Beatriz, sintió una angustia infinita. Al entrar en el castillo y ver a Olivio, le pareció que ya no se hallaba tan sola, pero ahora sus frases le hacían imaginarse que todas las losas del castillo acababan de desplomarse sobre ella, sepultándola entre sus escombros.

En efecto, a partir de aquel día, empezó para la desgraciada doncella un amargo cautiverio, sólo iluminado con llamaradas fugaces de rayos de sol y las risas de los niños de los servidores del castillo, que la rodeaban siempre como a un buda buena.

El "León de Roma", furioso por la terrible enfermedad de gota que sufría y por el des-

tierra, acentuaba aun más su gesto de crueldad y hacía más rigurosa la cárcel de su hija, alejándola de todo lo que le llevaba un poco de alegría. En su perversidad llegó incluso a apartar brutalmente del lado de su hija a todos los chiquillos que venían a jugar con Beatriz.

En este inhumano quehacer le ayudaba el Provenzal, secundado por los soldados, quienes a empujones y puntapiés los echaban de los alrededores del castillo.

Uno de los días, en que los pequeños huían de los esbirros del Provenzal, un chiquillo se detuvo a una regular distancia y cogiendo una piedra se la arrojó a uno de ellos.

"De tal palo tal astilla" dice el refrán, y de tal señor, así eran sus criados.

El soldado, al sentir el golpe, no se detuvo a pensar en otra cosa que en satisfacer sus deseos de venganza y, ciego por la ira, corrió en persecución del pequeño, que mal lo hubiera pasado a no intervenir el castellano Olivio Calvetti, que apeándose vivamente del caballo, separó al infante de su agresor y propinó a éste un soberbio puñetazo que le derribó por el suelo.

—¿No tienes que hacer otra cosa, que emplear tu valor contra un inocente niño?—le dijo Olivio cuando se hubo levantado el soldado, que contestó humildemente:

—Es que mi señor don Francisco no quie-

re verlos en el castillo y siempre están a sus alrededores.

—Hasta ahora siempre han tenido los niños libertad de jugar donde querían—repuso Olivio—. Guárdate que te vuelva a ver maltratar a ningún otro porque no me contentaré con lo de hoy.

El chiquillo continuaba agarrado a él, previendo con su precocidad infantil, que el joven caballero era su única protección y Olivio, ante el temor de que el soldado pudiera aprovechar su ausencia, cogió al pequeño y lo montó en su caballo.

Al partir levantó los ojos hacia el castillo y hubo de descubrirse ante la dulce mirada que le dirigía Beatriz Conci desde su ventana, que adivinó en aquel acto del caballero toda la nobleza que encerraba su alma.

Entretanto, el Provenzal, a quien el conde había conferido todos sus poderes, reunió a la servidumbre y les dijo:

—Por orden de mi señor, don Francisco, nadie saldrá del castillo ni entrará sin mi consentimiento.

Los criados del castillo conocían ya la influencia maligna que el Provenzal ejercía sobre el conde y huían de él como si de un apesado se tratase.

Sin embargo, el fiel "Cebollino" se enteró de una noticia que le llenó de alegría. Comenzaba con varios amigos la actitud del Proven-

zul, cuando uno de los antiguos servidores le dijo:

—Muy ufano está el Provenzal de sentirse carcelero... No lo estaría tanto si supiese que yo tengo otro manajo de llaves... Podéis decir a Dama Beatriz que si desea salir por la mañana, cuando el señor duerme todavía, yo le abriré las puertas.

—¿Es verdad lo que dices?—le preguntó "Cebollino", sin poder dar crédito a lo que había oído.

El otro criado no contestó, sino que sacando el manajo de llaves se las enseñó al paje para demostrarle que no había mentido.

—¿Y tú serías capaz de exponerte a las iras de mi señor, facilitándole la salida a Dama Beatriz?

—Por ella y por burlarme del Provenzal sería capaz de todo—repuso resueltamente el criado.

Desde que Olivio vió por segunda vez a Beatriz, las rosas de su jardín no se marchitaban en los rosales, sino que eran ofrecidas a la hija del conde Cenci por mediación de una muchacha que tenía la orden de no decir de quién procedían; pero el corazón se engaña pocas veces y la joven prisionera presintió en aquellos presentes una demostración evidente de que el recuerdo del noble castellano del castillo no la había olvidado por completo.

Merced a la ayuda de "Cebollino" una ma-

ñana, mientras sus fieros guardianes dormían todavía, Beatriz, después de vencer sus temores, hizo la primera escapatoria. ¡Con qué placer empuñó de nuevo las riendas de su caballo! El campo a aquella hora parecía despertar de su letargo nocturno. Una leve brisa matinal acariciaba el rostro de la bella amazona, que sentía en aquel instante toda la felicidad de su momentánea libertad.

Montó a caballo y de su pecho salió un profundo suspiro, sonrió dulcemente, como saludando al astro del día, que aparecía por el lejano horizonte, y respiró con todas sus fuerzas para poder aspirar en mayor cantidad todo el perfume campestre de las plantas, plateadas por el rocío de la noche.

Fastigó suavemente al hermoso corcel que montaba y partió lejos del castillo, para admirar de cerca los magníficos paisajes que le ofrecía la Naturaleza, escoltada por "Cebollino" que se declaró impotente para seguirla en mitad del camino.

La cabalgadura de Beatriz marchó trotando ligeramente por los floridos prados. Pero de pronto, una súbita nerviosidad ensabrió al animal, que resistiendo el experto dominio de la amazona, no cesó hasta desmontarla, arrojándola al suelo, donde Beatriz quedó sin sentido.

Afortunadamente, Olivio Calvetti, que ha-

—Sí, padre. Yo estoy profundamente reconocida al Duque..., pero no puedo aceptar su mano...

El conde tuvo un violento movimiento de cólera. Savelli la detuvo diciéndole, mientras saludaba fríamente a Beatriz:

—No, no forcéis su voluntad, Cenci... En asuntos de amor es triste victoria la que se obtiene por la fuerza.

Al día siguiente todo estaba dispuesto para el regreso a Roma. Antes de salir del castillo, Francisco Cenci se acercó a su hija y le preguntó:

—Por última vez: ¿quieres decidirme a ser la esposa de Savelli?

—Padre, os lo suplico; dejadme al menos la libertad del corazón... Yo no puedo casarme con el Duque, porque no le amo ni le amaré nunca.

—¡Está bien! Tu obstinación tendrá su castigo... Partiré yo solo; tú seguirás aquí con tu madre hasta que te resuelvas a obedecerme.

En la puerta esperaba el siniestro Provençal.

—Te las confío—le dijo el conde al marcharse—. No permitas que salgan del castillo bajo ningún pretexto.

Para Beatriz, a despecho de la vigilancia de su carcelero, siguió dando sus paseos matinales, y no siempre sola... Olivio Calvetti se reunía con ella por el camino, y todos los sende-

ros florecían entonces maravillosamente a través de la ilusión que inundaba sus corazones.

Y así fué como el idilio se transformó en amor, un amor que estalló una mañana en un beso de embriaguez y de ensueño, bajo la grata sombra de las arboledas...

Y mientras, en Roma, Francisco Cenci proseguía su vida de depravada disolución, sólo interrumpida por breves paréntesis de rabia y de impotencia, en la Petrella, la pasión de Beatriz y de Olivio era un magnífico canto de juventud y de ilusión.

Y Beatriz Cenci sintió por primera vez la felicidad al apretar contra su pecho anhelante, en la recogida intimidad de su cámara, al hombre que había revelado el mundo encantado del amor a su corazón que hasta entonces no había hecho más que vagar por los tenebrosos dominios de las desdichas.

Y una noche, burlando la vigilancia del Provençal, celebraron secretamente sus nupcias.

Una vez más el verdadero amor había salvado todas las barreras, todos los obstáculos...

CUARTA PARTE

Se deslizaron los meses, y el "León de Roma", cada vez más soberbio, cada vez más fiero, seguía desgranando el rojo rosario de los placeres...

Y entretanto, entre los sombríos muros de la Petrella, en el silencio y en el misterio, el amor había fructificado, y un hermoso hijo coronaba gloriosamente la dicha de Beatriz y Olivio.

Pero el viejo castillo no podía dar hospitalidad al inocente, y con luto dolor por parte de la madre amantísima, fué necesario buscarle una nodriza...

Y el fiel "Cebollino" y una moza campesina de la Petrella, adicta a la familia del conde Cenci, salieron aquella noche del castillo hacia la casa lejana en que esperaban Olivio y la nodriza, llevándose al niño oculto en un amplio canasto.

A aquella hora, el Provençal, en la garita de los guardias, jugaba a la esgrima con al-

gunos espadaachines. Pero su agudo oído de espía percibió pasos cautelosos en la escalera, y abandonando a sus compinches salió al encuentro de los dos servidores.

—¿A dónde vais a esta hora?—le preguntó cuadrándose ante ellos.

—Aquí, cerca...—balbuceó pálido de espanto "Cebollino".

—Pero, vamos a ver, truhán: ¿qué mal afflige a Dama Beatriz para que no salga de sus habitaciones desde hace un mes?

—Es... es... la fiebre terciana..., señor Provençal—contestó temblando el pobre mozo.

—¿La fiebre terciana, eh? Debe ser muy contagiosa, porque tú también pareces atacado de ella, infeliz.

Y displicentemente, el esbirro introdujo la espada en el interior del canasto, y muchas veces la acerada punta estuvo cerca de atravesar la cabeza del tierno infante.

"Cebollino" se tambaleaba de angustia. Por fin, una ligera y hábil estratagema le permitió salir de aquella penosa situación y marchar de nuevo hacia el cumplimiento de la delicada misión que se le había conferido.

Pero el Provençal sospechaba, y había seguido a los dos fieles criados hasta la casa de la nodriza en la montaña, pudiendo ver a través de los cristales de una ventana los paternales transportes de Olivio ante el hijo de su amor por Beatriz Cenci. Una siniestra sonrisa

puso expresión satánica en el rostro repulsivo del Provençal, que murmuró:

—¡Pronto sabrá mi señor conde este secreto, amiguitos!

Algunos días después el infame esbirro se presentaba en Roma ante su amo, a quien informaba detalladamente de todo cuanto había espionado, y Francisco Cenci, enfurecido, trastornado de rabia, se trasladaba inmediatamente a la Petrella.

Un fuerte sobresalto inquietó a Beatriz a la llegada de su padre. Francisco venía irritado y más torvo que nunca. Sentóse pausadamente ante ella, y dijo lentamente:

—Me han hecho saber que para conservar sin mácula el nombre de los Cenci, debo considerar como muerta a mi hija Beatriz.

La joven se sintió perturbada, pero, afectando serenidad, replicó:

—Padre, no comprendo vuestras palabras...

—¡Miserable!—rugió Francisco abalanzándose hacia su hija.

Pero un ataque súbito de gota le obligó a sentarse. Su esposa y Beatriz la rodearon intentando auxiliarle, pero el "León" los rechazó bruscamente, confiándose a los cuidados del Provençal.

Inmediatamente Beatriz llamó a "Cebollino" y le encargó:

—¡Pronto, corre a buscar al señor Calvetti!



Olivio apareció maltrecho y lleno de heridas.

Dile que ponga al niño en lugar seguro..., que un gran peligro le amenaza...

Al poco rato Olivio, acompañado de "Cebollino", llegaba a la casa de la nodriza y se llevaba a su hijo.

Pero los esbirros que había enviado el conde Cenci con la misión de raptar a su nieto, llegaron segundos después, y cuando Olivio sa-

lió con el niño se lo arrebataron precipitándolo a él por un despeñadero, tras una lucha feroz y alevosa.

A "Cebollino" le ataron a un árbol, recomendándole:

—No vuelvas al castillo hasta mañana por la mañana. Y si en algo estimas tu vida, ¡ni una palabra de lo que has visto!

Aquella misma noche el Provençal dió al conde Cenci noticia detallada de todo lo ocurrido.

—Bien — aprobó el tirano —; mañana al amanecer saldrás para Roma con el niño y allí le buscarás un seguro escondite. Yo no tardaré en reunirme contigo.

Colecciona usted

Cuentos Cinematográficos

10 cts.

que aparecen cada jueves

QUINTA PARTE

Las primeras luces de la alborada iluminaron la ansiedad dolorosa de Beatriz, que aguardaba angustiosamente noticias de su hijo, cuando unos golpes en el balcón la sobresaltaron.

Abrió inmediatamente y Olivio apareció, maltrecho y cubierto de heridas, que había venido arrastrándose, a pesar de su estado.

Beatriz lo abrazó, lo llenó de besos, mientras él, acorralado, desfallecido, le iba refiriendo su desgraciada aventura de aquella noche, el asalto cobarde de que había sido víctima, el rapto del niño...

Pero abajo, Francisco Cenci oyó sus voces, y loco de furor irrumpió en la pieza, desorbitados los ojos y abierta la boca.

—¡Miserable! — rugió al ver a Olivio, a quien creía ya desaparecido para siempre—. ¿Pero todavía estás vivo?

—¡Sí, Francisco Cenci! ¡Dios me ha conser-

vado la vida para impedir que cometierais un doble asesinato!

Beatriz, lívida, se interpuso entre los dos hombres e imploró:

—¡Padre, perdonadnos!... Hicimos mal en ocultar nuestro amor..., pero nuestra unión está bendecida por Dios.

—¡No, no! ¡Jamás reconoceré vuestra unión! ¡No tendré compasión!... ¡Te encerraré en un convento y mataré a tu bastardo!

Beatriz cayó de rodillas, abrazada a Olivio.

—¡Es un bastardo, sí, un bastardo!...— prosiguió jadeante, feroz, Francisco Cenci—. ¡Y tú una mujerzuela sin honor y sin nombre!

Cegado por el paroxismo de ira que le dominaba, el conde tomó un pesado candelabro y se arrojó sobre su hija para descargarlo sobre su cabeza. Olivio saltó a su encuentro, y al desviar el brazo homicida, el enorme bronce cayó sobre la sien del miserable, que rodó hasta el otro extremo de la habitación. Levantóse con la cabeza ensangrentada y al ir a abalanzarse sobre los dos jóvenes que lo miraban horrorizados, se tambaleó y se desplomó sobre la baranda del balcón.

Un estruendo de derrumbamiento sobrecogió a los esposos, que se precipitaron en socorro de Francisco. Pero ya era tarde: la corvada baranda había cedido a la presión del cuerpo del conde, arrastrándolo en su caída,



El Conde tomó un pesado candelabro...

Abajo, en el profundo patio, yacía como un guijarro el cuerpo exánime del Cenci...

Olivio fué a llamar auxilio, pero Beatriz le detuvo:

—¡No, Olivio!... ¡Huye! ¡Tienes el deber de encontrar a nuestro hijo!

Y cuando él hubo salido, la heroica Beatriz llamó. Pronto toda la Petrella se hubo reunido alrededor del cuerpo de Francisco Cenci.

Sus hijos y su esposa sollozaban aterrados al lado de Beatriz, que explicaba:

—Mi padre... se ha caído por el balcón mien-

tras hablaba conmigo...; yo no he podido sostenerlo...

Pero "Cebollino" entró, iluminado de alegría, exclamando:

¡Está vivo, Dama Beatriz! ¡Está vivo!

Momentos después todos los habitantes de la Petrella alrededor de la familia Cenci, rodeaban al conde agonizante.

Abrió éste los velados ojos, tenuemente y apareció confusamente la cara torturada de Beatriz, de Bernardo, de su esposa, y con un hilo de voz dijo, al tiempo que expiraba:

—¡Vosotros... vosotros... me habéis matado!

II ACONTECIMIENTO II

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

Jaque a la Reina

Asunto de máximo interés y honda emoción, de la época del Imperio ruso

PRECIO
1'50 pts.

Peñidos e
Biblioteca Films - Aparado 707, Barcelona

SEXTA PARTE

Huyó a Roma Olivio Calvetti, y una vez allí, no se le ocurrió cosa mejor que pedir protección a su señor el Duque, refiriéndole todas sus desventuras.

El amor que en otro tiempo sintiera Mario Savelli por Beatriz, se había convertido en odio, y ahora el Destino venía a poner en sus manos el arma de la venganza, que podía ejecutar sobre aquel hombre que había conseguido el amor de la mujer codiciada.

—Nunca se ha pedido protección en vano a Mario Savelli. Cuenta, pues, con mi ayuda, Olivio—dijo el condestable cuando hubo reflexionado.

Y entregándole una carta que escribió y selló en seguida, añadió:

—Parte inmediatamente para Cicolano y preséntate al bandido Marcos Sciarra... En esta carta van las órdenes para que te ponga en lugar seguro, mientras yo, aquí en Roma, busco al niño...

Y Olivio partió, lleno de esperanzas, hacia el territorio agreste de Cicolano, donde el bandolero Marco Seisara mandaba como dueño y señor.

Olivio se presentó ante él y tendiéndole el pergamino que llevaba manifestó:

—Vengo de parte de Su Excelencia el Duque de Savelli.

Inmediatamente, Marco y todos los presentes se inclinaron respetuosamente frente al recién llegado.

Pero cuando hubo leído el pergamino, el bandolero ordenó:

—¡Prended a ese hombre!

Y sin saber cómo, Olivio se encontró atado de pies y manos.

—Como puedes ver, no hago más que ejecutar las órdenes de mi señor—le dijo Marco Seisara devolviéndole la carta del Duque.

Olivio leyó, atónito: "Mientras esperas mis nuevas órdenes, retén prisionero a Olivio Calvetti, portador de esta carta".

Y entretanto, en Roma, Mario Savelli seguía entregado al placer de la venganza, acumulando autorizadas acusaciones en torno de la familia Cenci, y ensando, él mismo, la denuncia de parricidio contra los hijos de su amigo.

Ocho días después, el pérfido condestable había obtenido el fruto de sus infames gestiones: la familia Cenci había sido encerrada en



Ocho días después el pérfido Condestable...

la sombría prisión de Sant Angelo, mientras se instruí su causa.

Américo Camponi, el vice-gobernador del castillo, hombre leal y generoso, sentía por Beatriz una gran compasión y una profunda simpatía. Penetró en su celda, y saludándola reverentemente, le dijo:

—Señora, mientras permanezcáis aquí, que ojalá sea por poco tiempo, disponed de mí como gustéis.

La posada del Lirio, en la orilla derecha del Tíber, era el punto de reunión de la soldades-

en mercenaria, de los espadaachines a sueldo que infestaban en aquella época la Ciudad Eterna. Era aquella posada el escondite que el Provenzal había elegido para ocultar al hijo de Beatriz. Pero más que de su pequeño prisionero, se ocupaba el Provenzal de su posadera.

Era en diciembre de 1598. El Tíber, crecido por las violentas lluvias había inundado los campos y empezaba a invadir los suburbios de Roma.

Y en la noche, azotados por el viento y la lluvia, los hombres a los que el Duque Savelli había confiado la misión de buscar al Provenzal, daban por fin con el escondite en que se había guardado y se apoderaban de él, con una pequeña astucia, conduciéndolo en seguida al palacio Savelli.

—¡Al fin estás en mi poder, Provenzal!... Vas a decirme ahora mismo dónde escondes al niño de Dama Beatriz—exclamó el Duque, al ver al esbirro de Francisco Cenci.

—¡No lo diré!

Mario Savelli puso su daga en una mano y una bolsa en la otra.

—¡Elige!—gritó.

La elección no ofrecía vacilaciones para el miserable que confesó en seguida:

—Está en la posada del Lirio.

—Bien. Vay a salir—dijo el Duque a sus

hombres—. Guardad bien a ese hombre hasta mi regreso.

Y en efecto, el Provenzal no pudo ser mejor guardado que en el terrible pozo del castillo, donde el agua que bajaba incesantemente no tardó en cubrir al desgraciado.

Mientras tanto, a través de la inundación progresiva, Mario Savelli llegaba al castillo de Sant Angelo para entrevistarse con Beatriz.

Ella le recibió altivamente.

—Veo en vuestros ojos que seguís odiándome...—lamentó el Duque—, y sin embargo, Beatriz, estoy aquí para ofreceros mi ayuda. Yo puedo devolveros vuestro hijo... He descubierto al fin dónde se encuentra.

El rostro atormentado de Beatriz se iluminó de ventura.

—¡Ah, Duque, decidme dónde está mi hijo!

—Mi secreto es tan precioso que sólo lo revelaré a cambio de una recompensa... En vos está lograrlo, Dama Beatriz. Sed mía...

La hija de Francisco Cenci se apartó dignamente.

—¡No sé por qué insistís, si sabéis que no podéis aspirar a mi mano, porque pertenezco a otro hombre!...

—¡Vuestro esposo está en mi poder... y morirá, yo os lo prometo!—rugió el duque apoderándose de Beatriz e intentando violentarla.

Pero Américo Campani, poco confiado en la

galanetría del condestable Savelli, hubábase quedado guardando la puerta de la celda de Beatriz y al oír las últimas palabras del miserable Savelli, penetró resueltamente exigiendo:

—¿Dedíame en el acto dónde está el niño?

El Duque desenvainó la espada y pronto los aceros de los dos caballeros brillaron en el aire como dos relámpagos de odio. Por fin, tras una lucha encarnizada y breve, la punta de la espada del vice-gobernador de la prisión se apoyó en el pecho inmovible del Condestable.

—¡Hablad, Duque, hablad!—gritó Américo Camponi—. ¡O vive Dios que os mato como a un perro!

—Está en la Posada del Lirio... a la orilla derecha del Tíber.

El valiente caballero abandonó al miserable y ordenó a sus soldados:

—¡A la posada del Lirio! ¡A escape!

—¡El río está invadido la ciudad!—anunciaban los guardias—. ¡La orilla derecha está ya inundada!

—¡Corred, corred, por Dios, o llegaréis demasiado tarde!—imploró Beatriz.

Américo Camponi salió velozmente con los soldados, en busca del niño.

Furiosas trombas de agua caían sobre la ciudad y las calles iban convirtiéndose en torrentes impetuosos... En la orilla derecha del Tíber el agua alcanzaba ya los primeros pisos, los tejados de las casitas bajas.

Y Mario Savelli, en su carroza trataba de llegar antes que Américo Camponi a la Posada del Lirio para hacer desaparecer al hijo de Beatriz.

Pero la justicia de Dios iba a cumplirse sobre el malvado condestable; y al atasearse su carroza en una estrecha calle, derrumbóse una casa sepultándola entre las aguas y los escombros.

Después de haber esperado en vano el regreso del Provenzal, la posadera del Lirio se disponía a huir ante la inminencia del peligro, olvidando, en su egoísmo de defensa propia, al inocente infante que se agitaba en su cunila.

Más humano que los hombres, el perro de la posada acudió en auxilio del niño, consiguiendo conducirlo a la terraza, y arrojándose luego al agua nadando rápidamente, mientras con los dientes mantenía a flote la tierna cabecita del pequeño.

Desde la barca en que iba aproximándose a la posada, hundida ya en las aguas, Américo Camponi lanzó un grito de alegría al divisar al perro con el niño.

Echóse al agua, y tras duros esfuerzos, logró alcanzar al bravo animal con su preciosa carga.

Y una hora después, en la negra tristeza de la prisión, entró un rayo del sol de la felicidad. Beatriz pudo estrechar contra su corazón a su hijo...

SEPTIMA PARTE

Prisionero de Marco Sciara, Olivio Calvetti ignoraba la suerte de su esposa.

Su noble conducta y su agradable carácter le habían merecido la confianza de Marco Sciara que le trataba ya como a un compañero.

Lucía, la hija del bandido, sentía por el joven prisionero una profunda, una inmensa piedad y simpatía... ¡Cuántas veces, mientras los bandoleros, reunidos alrededor de su capitán jugaban o bebían, Olivio había sorprendido la devota adoración de la dulce mirada de Lucía!...

Y entre tanto, el proceso de los Cenci, seguía su curso.

Con la esperanza de averiguar la verdad, el juez sometía a los hijos del difunto conde a una prueba inquisitorial.

Beatriz, aturdida, anonadada por los golpes de la fatalidad, asistía indiferente a aquel juego trágico, donde se jugaba su propia vida.

Sus hermanos y su madre, no podían con-



Beatriz Cenci fué condenada a muerte.

tesar más que su inocencia, pero el juez les manifestó:

—Puesto que os obstináis en callar la verdad, recurriremos a medios más eficaces...

En efecto, Bernardo fué entregado a las bárbaras manos de los verdugos que le ataron los brazos suspendiéndoselos del techo.

Los huesos del pobre niño crujieron horrosamente.

—¡Beatriz, Beatriz... si sabes algo, habla, habla, por favor... líbrame de este tormento horrible!—clamó dolorosamente Bernardo.

Vencida, Beatriz, gritó:

—¡Basta, basta! ¡Yo hablaré! ¡Fuf yo... yo sola quien lo maté!... ¡Los otros son inocentes! ¡Lo juro!

Y los jueces, que no saben de abnegaciones ni de sacrificios, formularon la sentencia, la trágica sentencia que coronaba la vida de martirio de la hija de Francisco Cenci.

—...y por estos motivos, Beatriz Cenci sufrirá la pena de decapitación, y Lucrecia, Santiago y Bernardo Cenci, asistirán al suplicio y serán enviados después a las galeras...”

En el refugio de Sciarra, mientras Olivio y Lucía beseaban el dulce goce de la amistad el bandido preparaba uno de sus golpes audaces.

Una caravana fué asaltada y desvalijada, y después de la escaramuza los bandidos hicieron prisionero a un hombre que hallaron acurrucado detrás de unas peñas.

—¡Señor, no me hagáis daño!—regó el buen hombre arrodillándose ante Marco Sciarra—. Soy un pobre juglar que viva humildemente de llevar a los escondidos rincones noticias de Roma...

—Per ahora te llevamos con nosotros—dijo el capitán—. Pero no temas; no se te hará daño alguno... Tú, en cambio, nos distraerá con tus nuevas de la capital.

Y aquella noche, en las cavernas de Marco

Sciarra, se celebró pródigamente el éxito de la hazaña.

—¡A ver, juglar, léenos tus noticias!—dijo el capitán.

Olivio se preparó a escuchar aquella voz que tal vez le traería ecos de la vida de su adorada esposa.

El juglar se levantó y empezó a leer:

—El proceso Cenci ha terminado. Doña Beatriz convida del crimen de parricidio, ha sido condenada a la decapitación...

Olivio dió un salto.

—Mañana al amanecer, será ajusticiada...—concluyó el lector.

¿Era posible?... ¿Mañana mismo?... Olivio sintió que todo se desmoronaba a su alrededor. Pero al mismo tiempo, una fuerza poderosa, desesperada, le empujaba al lado de la amada que debía morir dentro de unas horas.

Acercóse al capitán y le conjuró ansiosamente:

—Marco Sciarra, en nombre de la que más ames, te pido que me devuelvas la libertad!

—Es imposible, Olivio.

—¡Te lo pido de hombre a hombre!... ¡Déjame hoy libre, y te doy mi palabra de que mañana me constituyo otra vez tu prisionero!

—¡No!—gritó firmemente Marco, dando un puñetazo encima de la mesa.

Olivio intentó entonces huir, pero los ban-

didas le redujeron prestamente encerrándolo de nuevo en su mazmorra.

Pero cuando la tenue claridad del alba harró las tinieblas nocturnas, Lucía, aprovechando el pesado sueño de los bandidos que dormían después del gran festín, sustrajo del cinturón de su padre la llave del calabozo de Olivio, y corrió a poner en práctica su plan generoso: la libertad del hombre amado.

Fuera, Lucía le había preparado un caballo, y Olivio, saltando sobre él, voló hacia Roma, olvidando aquel gran amor que quedaba en el corazón de la hija del bandolero.

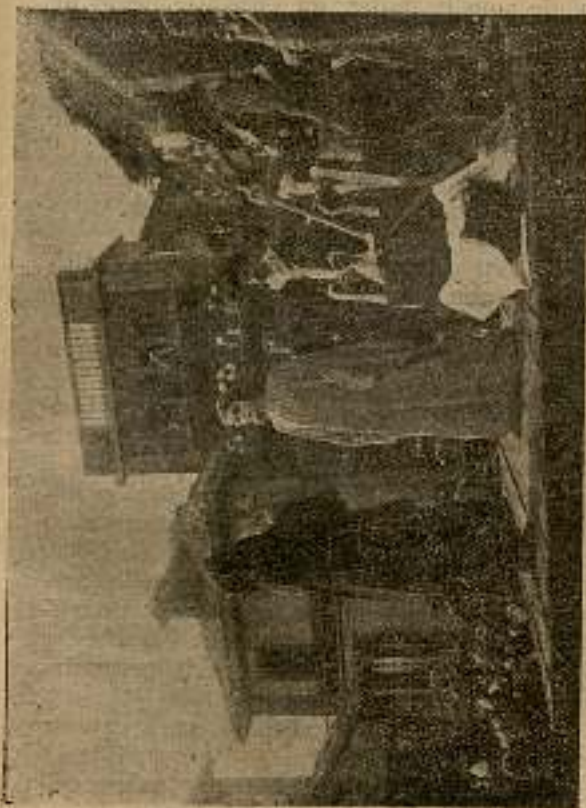
Aquella hora, pálida, era la última de Beatriz, que en la prisión se despedía definitivamente de los suyos.

Y entre tanto, Olivio cabalgaba locamente, desenfrenadamente, perseguido por los hombres de Marco Sciarra, advertidos de su fuga.

Y en el momento en que la fúnebre carreta que conducía a Beatriz Cenci entraba en la plaza de la ejecución, Olivio entraba también, después de haber salvado todos los obstáculos, por las puertas de Roma.

Serenamente, altivamente, la hija del conde Cenci, subió las escaleras del cadalso. Había llegado la hora. Besó el crucifijo que le presentaba el sacerdote entre las temblorosas exhortaciones a la muerte, y echó a un lado su larga y frondosa cabellera.

Ante la soberbia belleza, majestuosa y páli-



Serenamente, la hija del conde Cenci subió las escaleras de cadalso.

da, de aquella mujer, un estremecimiento de compasión recorrió las masas apiñadas alrededor del cadalso.

Olivio galopaba frenético por las calles de Roma, arrollándolo todo como una tromba de desesperación y de dolor.

Arrodillóse Beatriz y puso su hermosa cabeza en el pitón. El verdugo levantó la enorme cuchilla.

Las mujeres que se hallaban entre la multitud cerraron los ojos. El sacerdote hizo la señal de la cruz.

Y de pronto, unas voces angustiosas sonaron en la plaza:

—¡Pueblo de Roma! ¡Jueces! ¡Escuchadme!... ¡En nombre de Cristo, juro que Beatriz Cenci es inocente!

Olivio acababa de entrar en la plaza y salta al cadalso recibiendo en sus brazos a su esposa, que desfallecía de asombro y de dicha.

Fué tan rápido este acto que todos los presentes quedaron por unos instantes sorprendidos, sin saber qué partido tomar. Por fin, los jueces se acercaron a Olivio y le preguntaron:

—¿Quién sois vos, caballero, para detener un acto de justicia?

—Un ciudadano de Roma, que quiere evitar que se consuma un acto de crueldad contra esta pobre mujer—respondió Olivio enérgicamente.

—Esta mujer, a la que compadeceis, ha cometido un crimen horrendo—repuso el juez—. Ha dado muerte a su padre y justo es que cumpla su castigo.

—¡No es cierto!—gritó Olivio—. Yo sé toda la verdad y puedo demostrar su inocencia, si me lo permiten. Ella no es otra cosa que la pobre víctima de una fatal casualidad.

Con el fin de que pudiera prestar declaración, aclarando todo aquel misterio que parecía rodear la muerte del conde Cenci, los jueces suspendieron la ejecución, diciendo el Presidente del Tribunal:

—Hemos acordado suspender la ejecución durante veinticuatro horas, pero habéis de saber que ese es el plazo que se os concede para demostrar la inocencia de la acusada.

Beatriz, privada de sentido, continuaba en los brazos de su esposo y no se daba cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor, pero cuando los soldados pretendieron arrestarla de nuevo, luchó desesperadamente para no separarse de Olivio. Este comprendía lo imposible que era en aquel momento el que la dejaran en libertad y la animó diciéndole:

—Síguelos, Beatriz, no hay más remedio. Yo te prometo que dentro de unas horas obtendré tu libertad definitiva.

Ante el mandato de su esposo no opuso la menor resistencia y se dejó conducir por sus carceleros.

Las horas transcurrían para la desdichada en su encierro con una languidez enervante. Olivio no había aparecido todavía y Beatriz empezaba a dudar de que su esposo hubiera podido convencer a los jueces de su inocencia.

Mientras tanto, Olivio se había trasladado al antiguo palacio de los Cenci y buscó a "Cebollino", diciéndole:

—La salvación de Dama Beatriz depende de ti. ¿Estás dispuesto a salvarla?

—Mi vida daría a gusto, a cambio de la suya—repuso decididamente el paje—. ¿Qué hay que hacer?

—Tú vendrás conmigo al Tribunal y declararás todo el trato cruel de que Dama Beatriz era víctima por parte de tu antiguo señor—le contestó Olivio—. Además declararás que, desde una ventana de otra torre del castillo de la Petrella, viste caer al Conde por sí solo, y por último, relatarás lo que te sucedió con los esbirros del Conde cuando fuiste a depositar al niño.

El fiel servidor prometió cumplir todo lo que le había ordenado, para salvar a su noble señora, y algunas horas después se presentaban el caballero y el paje ante el Tribunal para demostrar la inocencia de la acusada con la declaración espontánea del criado.

—¿Por qué no declaró usted eso durante el proceso?—le preguntó el juez.

—Por respeto a la memoria de mi difunto

señor y porque creía que la inocencia de Dama Beatriz sería reconocida de todos. Además, el duque Savelli me había amenazado de muerte si declaraba la verdad.

—Está bien—volvió a decir el juez—, se revisará la causa y por lo pronto será puesta en libertad la hija del conde Cenci.

Extendió en un pergamino la correspondiente autorización y Olivio, tan pronto lo tuvo en su poder, voló hacia la prisión donde se hallaba su adorada esposa. Al verla ésta llegar, acompañado de "Cebollino", el corazón parecía quererle saltar del pecho, con esa violencia que produce el presentimiento de una buena noticia.

—¡Por fin estás salvada!—exclamó Olivio estrechándola entre sus brazos—. Los jueces han declarado tu libertad y tengo la orden en mi poder.

La escena era de una emoción indescriptible. Los dos esposos se hallaban fuertemente abrazados, confundiendo sus lágrimas de alegría y sus besos de amor, mientras que "Cebollino" en un rincón de la celda lloraba también ante el sublime espectáculo que presenciaba.

Algunas horas después, en el castillo de los condes Cenci reinaba, con la vuelta de Beatriz, una inusitada alegría.

Su madre y su hermano menor, abrazados a ella, la estrechaban desesperadamente, como

sí temieran que todo aquello no fuera otra cosa que un agradable ensueño. Tenía ante ella a su hija querida y aun no podía dar crédito la noble anciana a lo que veían sus ojos. En medio de tanto dolor, como había sufrido en pocos días, le parecía aquello una absurda realidad a la que no se atrevía a dar crédito.

La servidumbre del palacio, al enterarse de que Dama Beatriz había vuelto, corrieron todos a saludarla y la joven, ante aquellas demostraciones de cariño, les acogía con su eterna bondad, que tan querida la había hecho de todos.

Los días fueron transcurriendo en aparente tranquilidad y por fin llegó el momento en que debía verse en definitiva la causa por la muerte del conde Cenci. Durante todo este período de tiempo, Olivio había ido recogiendo pruebas que demostraban la inocencia de su esposa, para presentarlas a los jueces y éstos, en vista de ellas y de las declaraciones prestadas por "Cebellino" y por otros servidores declararon la libertad absoluta de Beatriz.

Aquel día fué uno de los más memorables que se conocieron en el palacio de los Cenci. Para festejar el fausto acontecimiento se celebró una fiesta, pero no una de aquellas orgías de los tiempos del conde, sino una fiesta

íntima, en la que dueños y servidores participaban de la misma alegría.

Los austeros salones del palacio habían perdido su aspecto de lugares de bucanal, para convertirse en lo que habían sido en un principio y sobre toda aquella felicidad que reinaba en los corazones de todos, ponía una nota más de extremada alegría la risa argentina del pequeño hijo de Beatriz y de Olivio.

A partir de aquel momento ya tenía el castillo de los Cenci un nuevo dueño y señor a quien todos acatarían con sumisión. Era el fruto de aquellos santos y desgraciados amores, con que Dios quiso recompensar los sufrimientos pasados por los amantes esposos.

Y reconocida su inocencia por el Tribunal, Beatriz Cenci pudo al fin entregarse sin inquietudes a aquel gran amor que llenaba su vida.

FIN

¡OTRO GRAN ACONTECIMIENTO!

Selección **FILMS DE AMOR**



publicará en breve

**Los
amores
de
Manón**



*Versión inspirada en la mundial-
mente conocida novela del Abate
Prevost, cuyo argumento ha hecho
vibrar las liras de los poetas y músi-
cos, y los corazones de la juventud*

Sublime creación de la bellísima

DOLORES COSTELLO

y del genial y simpatiquísimo artista

JOHN BARRIMORE



50 cts.

Siempre

LOS MAS GRANDES FILMS
LOS MAS GRANDES ARTISTAS
LA MEJOR LITERATURA
LA MEJOR PRESENTACION

031891 (BODAS)

GRAN SELECCION DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernades
Koenigsmark	J. Chetelat
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilferos	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Esp. Compton
Conciencia contra ley	M. Vargouvi
El lobo de París	H. Bandin
El Abuelo	M. Ribas
El hijo perdido	Alcega Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquitín
La prueba del fuego	Ronald Corman
Variedad o Aguas lindosas	Lyn de Paul
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	R. Helia
Bodas sangrientas	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Seccións números sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Reciben
cinco céntimos para el certificado. Envío gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

Imprenta Comercial - Valencia, 224 - Teléfono 982 G. - Barcelona